



A otros, entre ellos parte del movimiento anarquista, a ensalzar la desobediencia de los manifestantes, a congratularse ante la capacidad combativa de una nueva savia generacional, aun a sabiendas de que la finalidad que les mueve no es otra que reclamar el derecho a la auto-determinación y pedir la libertad de los políticos que lo promovieron, cuyo rostro, silueteado en blanco y negro, evoca al del independentismo vasco y este, a su vez, al de la mítica imagen del Che que hoy puede encontrarse estampada por doquier.

Y es que, a menudo, los símbolos terminan convirtiéndose en un reclamo consumista y las acciones en tendencia. Vivimos en un contexto en el que tenemos más acceso a la información que antes, donde las tácticas importan más que los principios y las finalidades, donde esa inmediatez informativa es una ventaja, pero quizás, también, un inconveniente que nos impide un análisis más pausado de lo acontece a nuestro alrededor.

No deberíamos apresurarnos en lanzar proclamas. Por experiencia sabemos que la revolución libertaria necesita formación, conciencia colectiva y una estructura asamblearia y horizontal en la que sostenerse. Sin ese fondo toda revuelta termina perdiendo fuerza, como la gaseosa. Desobedecer para reivindicar lo que otros nos manden, no tiene nada de revolucionario...".